

NOBLE, LEAL, HEROICA Y MARIANA: BREVE HISTORIA DE CÁDIZ Y LA VIRGEN DEL ROSARIO

Noble, Loyal, Heroic and Marian: a brief history of Cádiz and the Virgin of the Rosary

Autor: Luis Cabeza Delgado
Contratado Predoctoral FPU
Universidad Pablo de Olavide, Sevilla
E.mail: lcabdel@upo.es
Orcid: 0009-0004-3207-3674

Recibido: 12/10/2025 Revisado: 16/10/2025 Aceptado: 14/11/2025 Publicado: 1/12/2025

Resumen:

El presente trabajo ofrece una reflexión histórico-devocional sobre la profunda vinculación entre la ciudad de Cádiz y su patrona, la Virgen del Rosario, desde finales de la Edad Media hasta la actualidad. A partir de fuentes documentales, literarias y testimoniales, se examina cómo la figura mariana ha acompañado el devenir histórico, social y espiritual de la ciudad, encarnando sus títulos honoríficos de Muy Noble, Muy Leal y Muy Heroica. Mediante la conjunción de estas evidencias históricas con la dimensión simbólica y teológica, se plantea que la Virgen no solo representa a Cádiz, sino que la personifica: una ciudad herida, pero resiliente; unida por la fe y el consuelo del Rosario, que la hace, en definitiva, también Muy Mariana.

Palabras clave: *Religiosidad popular, mariantismo, historia de la Iglesia, Cádiz, Virgen del Rosario.*

Abstract:

This work offers a historical and devotional reflection on the deep connection between the city of Cádiz and its patron saint, the Virgin of the Rosary, from the late Middle Ages to the present day. Based on documentary, literary and testimonial sources, it examines how the Virgin Mary has accompanied the historical, social and spiritual development of the city, embodying its honorary titles of Very Noble, Very Loyal and Very Heroic. By combining this historical evidence with the symbolic and theological dimension, it is suggested that the Virgin not only represents Cadiz, but also personifies it: a wounded but resilient city, united by the faith and consolation of the Rosary, which ultimately makes it also Very Marian.

Keywords: Popular religiosity, Marian devotion, Church history, Cádiz, Virgin of the Rosary.

Cómo citar: Serrano Ruiz, C., Serrano Perdigones, P. y Carmona Llaves, N. (2025). El impacto psicológico de las redes sociales en los estudiantes. *Educación, turismo y vivienda. Gaditana-logía. Estudios sobre Cádiz*, 6, 78-95.
<http://doi.org/10.25267/Gadit.2025.v6.09>

A Nieves, mi madre y patrona en la tierra

1. PRÓLOGO

Esta historia no es de este tiempo,
es antigua, inmemorial,
cuando Cádiz era solo
un abismo frente al mar.

En el tesoro del Escorial,
un códice nos relata,
la historia de una mujer
que en Córdoba moraba.

María era su nombre
y una pena la desgarraba:
tres años llevaba en su vientre
un dolor que la acosaba.

Cruzó tierras y caminos,
por montañas y cañadas,
buscando alivio en su herida;
buscando, mas nunca hallaba.

Una noche escuchó

cierta voz de madrugada:
«Ve más lejos, caminante,
que otra casa te reclama.

Ve a Silos, pide socorro
y después tu senda alarga:
has de ir al Puerto santo,
donde una barquita te aguarda.

De allí partirás a Cádiz,
a la Cruz que fue sagrada,
donde estuvo mi Hijo preso,
y su sangre derramada.

Allí, donde el mar es la puerta,
donde la Cruz se levanta,
hallarás la medicina
que tu alma tanto extraña».

Obediente se embarcó,
sobre el agua navegaba,
y al llegar a la bahía
vio la iglesia tan soñada.

De repente abrió su boca,
y una sierpe arrojaba.
Roja, larga, retorcida,
por la arena se arrastraba.

Todos dieron alabanzas,
la gente se estremecía,
mas, ¿de quién era
esa voz que se oía?

¿Era el Hércules gaditano,
era la Astarté fenicia?
¿De quién era esa voz
que en sus sueños se escondía?

No era mago ni hechicero,
ni espíritu o profecía,
ese oráculo de Cádiz era una:
la siempre Virgen María.

2. SALUDOS

Reverendo Padre Prior del Convento de Nuestra Señora del Rosario y Santo Domingo.

Reverendo Señor Arcipreste de Algeciras y querido presentador.

Ilustrísima Señora Subdelegada del Gobierno en Cádiz.

Ilustrísimos representantes de la corporación municipal.

Señor Director del Secretariado Diocesano para las Hermandades y Cofradías.

Señor Presidente y Junta del Consejo Local de Hermandades y Cofradías.

Pregoneros que me han precedido en este atril.

Cofrades del Santísimo Rosario de la Virgen.

Fieles y devotos de Nuestra Amantísima Patrona.

Querida familia.

Hermanos y amigos todos.

En primer lugar, me gustaría daros las gracias a cada uno de vosotros por estar hoy aquí acompañándome. En más de una ocasión me he preguntado si, debido a mi juventud, estaba lo suficientemente preparado como para asumir esta empresa de cantar las glorias de la que es Capitana de nuestra ciudad. No obstante, gracias al Espíritu Santo, os aseguro de que una vez me he sentado a escribir era tal la pasión y la cantidad de experiencias que quería abordar, que me he visto obligado a prescindir de muchas de ellas. Lo bueno, si breve, dos veces bueno. Será breve, pero no ansío que sea un pregón bueno. Lo único que espero es que podáis comprobar fácilmente que cada una de estas líneas brotan sinceramente desde el corazón de un chiquillo de veintiséis años. Sí, el mismo chiquillo que cada mes de octubre venía con las Salesianas a entregar un nardito con su tallo envuelto en papel Albal. Con la misma ilusión vengo hoy, esta vez con un nardo de folios encuadrados, y lo deposito ante la que es Alcaldesa Perpetua de esta Muy Noble, Muy Leal y Muy Heroica ciudad.

¡Muy Noble, Muy Leal y Muy Heroica! Amigos, ¿no os habéis dado cuenta nunca de que todos estos títulos que fueron otorgados con el curso de la historia a esta tierra son fácilmente atribuibles a Nuestra Patrona? Son todos ellos calificativos que ilustran perfectamente la relación que la Virgen ha tenido con Cádiz. Desde la más sincera humildad y con vuestra compañía, espero poder demostrar a lo largo del pregón esta circunstancia.

3. MUY NOBLE

Del latín, *nobilis*.

Dicho de una persona o de sus parientes: Que por herencia o por concesión del soberano posee algún título del reino.

El primero de los títulos que fue concedido a la ciudad de Cádiz fue el de Noble y se remonta a la época medieval. El pasado año celebramos el Cádiz Fenicia y este, el Cádiz Romana. Esperemos que el año que viene sea el turno de nosotros, los historiadores medievalistas, y así podamos poner en valor la belleza de Cádiz en la Edad Media. Precisamente en este periodo encontramos las primeras referencias marianas en la ciudad. El poema que ha inaugurado este pregón a modo de prólogo no es ninguna historia inventada, sino que recoge el primer testimonio en el que se aprecia la intervención de la Virgen en la que aún era la villa medieval de Cádiz. Se trata de una de las Cantigas de Santa María, que compuso el rey Alfonso X el Sabio, concretamente la 368 del Códice de los Músicos, que se custodia en la Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

En ella se narra cómo una mujer estaba aquejada de unas dolencias, en palabras textuales del texto alfonsí, «de una culebra que llevaba en el vientre». Como comenté al principio, el nombre de esta señora era María y sabemos que vivía junto a Santa María la Grande de Córdoba, es decir, la iglesia catedral. Para curar esta enfermedad que venía sufriendo desde hacía tres años, probó suerte haciendo romería desde su ciudad hasta el monasterio de Santo Domingo de Silos, pero sin éxito. Estando esta cordobesa en Santa María del Puerto, se le apareció en sueños la Virgen, quien le dijo que acudiese a Cádiz. Una vez aquí, la mujer abrió la boca y vomitó la culebra que había tenido desde hacía años en su vientre. Aunque el relato parezca un tanto desagradable, constituye la primera referencia mariana en nuestra ciudad y es un fiel testimonio de que, desde los primeros años de la cristianización de Cádiz, la actual Catedral Vieja ya constituía un centro de peregrinación al que acudían los fieles con diversos propósitos.

Otra de las primeras noticias de la religiosidad mariana de la época la encontramos en la toponomía, precisamente, de la zona en la que estamos reunidos ahora mismo. Por aquel entonces, no existía Puerta Tierra ni tampoco gran parte de lo que hoy conocemos. El Cádiz medieval solamente se circunscribía al entorno del actual barrio del Pópulo, el resto eran viñas y tierras de cultivo. En el siglo XV, la villa parecía que se iba quedando pequeña para acoger a una población que no paraba de crecer. Uno de los nuevos espacios para dar cabida a los nuevos habitantes será el conocido como arrabal de Santa María, surgido alrededor de una ermita que llevaba ese precioso nombre y que acabaría identificando a nuestro barrio. En 1467 encontramos las primeras noticias de esta circunstancia. Ese año, Alfonso de Gallegos, regidor y vecino de Cádiz, dotó tres aniversarios con las rentas de un almacén que poseía en la puerta de Santa María, que hoy día vendría a ser el arco de los Blanco. Años más tarde, en 1469, Martín Sánchez de Plasencia, vizcaíno y vecino de Cádiz, estableció una memoria por su alma que dotó con 70 maravedís que habrían de obtenerse de unas casas que tenía en el arrabal de Santa María.

Gran parte de estas noticias las hemos podido documentar gracias a las últimas voluntades que establecieron los primeros gaditanos de la ciudad cristiana. En ellas vemos cómo en la villa alfonsí, aunque aún diminuta y con solamente una iglesia que funcionaba como catedral y única parroquia –la que conocemos los gaditanos como la Catedral Vieja–, empezaban a desarrollarse manifestaciones que sitúan a la Virgen como verdadera intercesora en el más allá. Juliana de las Cañas, mujer de Cristóbal Gentil y vecina de la ciudad de Cádiz en el arrabal de Santa María, en 1486 legó a sus familiares unas casas que tenía en esta zona con la condición de que le dijeran anualmente tres aniversarios en la iglesia de Santa Cruz. Dos de ellos habrían de hacerse uno por cuaresma y otro, el día de Todos los Santos.

Pero el que reviste mayor importancia en nuestro caso es el que Juliana dedicó al día de santa María del mes de agosto. Así es como en los siglos medievales se le denominaba a la fiesta de la Asunción, que celebramos cada 15 de agosto. Precisamente, este año se cumplen setenta y cinco años de la proclamación de este dogma. Pues bien, gracias a

Juliana sabemos que desde hace más de quinientos años la teníamos como una fecha señalada en el calendario mariano de la ciudad. Para que veáis que desde siempre los gaditanos hemos sido unos adelantados.

Este enriquecimiento en la espiritualidad también quedó reflejado en las capillas que poquito a poco fueron labrándose en la iglesia de Santa Cruz. Las dos primeras se ubicaron en la cabecera y ambas estuvieron consagradas a la Madre de Dios. La primera en fundarse, la capilla de Nuestra Señora de las Angustias, estaba ubicada en la nave de la Epístola y fue el establecimiento elegido por la cofradía de los vizcaínos, integrada por pilotos de barcos, para sus reuniones. Por otro lado, la importancia del puerto de Cádiz invitó a que los genoveses establecidos en la ciudad fundasen otra capilla, en esta ocasión, dedicada a Santa María y San Jorge, justo donde hoy se encuentra el sagrario.

Estos datos no son más que pequeños testimonios de un amor que progresivamente se iba fraguando en los corazones de los gaditanos por la Virgen María. El siglo XVI traía aires de mayor pujanza para nuestra ciudad. Ya no solamente la urbe se desbordaba por el lado de Santa María, sino que también comenzaba a extenderse por el entorno de la antigua ermita de Santiago. Por allí, se fundó en 1567 el monasterio de Nuestra Señora de la Candelaria, que sirvió de establecimiento para monjas agustinas, y del que únicamente nos queda la plaza que en su día ocupaba el cenobio.

Asunción, Angustias, Candelaria... Simplemente, María. Hoy, viéndome en esta exaltación tan grande y solemne, recuerdo con ternura mi pregón de la Juventud Cofrade de 2016, cuando todavía no había cumplido la mayoría de edad. En esa ocasión manifesté una cuestión que me atormentaba y que era las rivalidades entre devociones marianas y la lucha por quién se alzaba con el mayor arraigo en Cádiz. ¿Cádiz es del Rosario, del Carmen o de la Palma? ¿O, tal vez, de María Auxiliadora? Siempre me ha parecido ridículo y, hoy, nueve años después, más todavía.

La crisis existencial que atravesamos y que provoca una constante e insatisfactoria búsqueda de la identidad, en el plano de la religiosidad tristemente conlleva la utilización de las devociones para alimentar el ego. No podemos permitirlo. Desde los siglos medievales está constatada la arraigada fe que las primeras gaditanas cristianas como Juliana de las Cañas depositaban en la Virgen María. Este debe ser un motivo suficiente de orgullo para todos nosotros. Sin embargo, muchos siguen preguntándose: ¿de quién es Cádiz realmente?

Unos dicen: «Es del Carmen,

la que cuida la Apodaca».

Otros juran: «Del Rosario,

la que tiene la medalla».

Hay quien sueña con su Palma,

la que pone el mar en calma,
y quien reza a aquella
Virgen beduina y salesiana.

Mas no es tiempo de disputas
ni de riñas disfrazadas,
pues María es una sola
y su gracia nos abraza.

Ni coronas, ni medallas,
ni oros, ni plata labrada,
lo que importa es la Madre
que en Ella ven las gaditanas.

Unidos bajo su nombre,
la ciudad entera clama:
que Cádiz es de María
y no hay más soberana.

4. MUY LEAL

Del latín, *legalis*.
Que guarda a alguien o algo la debida fidelidad.

La Virgen del Rosario siempre ha sido leal a Cádiz. Nunca la ha dejado de lado. Sus cofrades, como delegados en la tierra de la propagación de su devoción, fueron desde el principio conscientes de su cometido y su presencia era demandada en la vida religiosa de la ciudad. María de Villagómez. Este es el nombre de la primera cofradía del Rosario documentada en nuestra ciudad. Sí, lo han escuchado bien: cofrada. Término que, aunque en desuso, aún está registrado en el Diccionario de la Real Academia Española para designar a cualquier mujer que pertenece a una cofradía. La existencia de esta cofrada

nos es conocida gracias a unos estudios realizados en el Archivo Histórico Provincial de Cádiz. En el testamento de esta señora, fechado el 19 de noviembre de 1575, nos encontramos con que pide ser asentada como hermana de Nuestra Señora del Rosario y, además, manda ser enterrada en la iglesia del Hospital de la Misericordia. Ese templo fue el primer lugar en acoger una institución cuya titular era el Rosario de la Virgen y fue la génesis del actual hospital consagrado a San Juan de Dios.

A muchos de los que estáis aquí hoy os sorprenderá saber la actividad en la que encontramos inmersos a estos primeros cofrades del Rosario de Cádiz: acompañando a los difuntos en sus entierros. Efectivamente, la participación de las cofradías en los cortejos fúnebres era algo habitual, tanto cuando el difunto se trataba de un hermano como cuando no. Curiosamente, en la documentación encontramos en mayor medida a mujeres que decidieron contar con la presencia de estos cofrades. Para que no queden en el olvido, traigo aquí sus nombres: Ana María Serrano (1582), Catalina de la Guardia (1584), Juana Gutiérrez de la Balses y Merodio (1594), entre otras muchas.

Esta relación, genuinamente femenina, que vinculaba especialmente a las gaditanas y el Rosario perduró con el paso del tiempo. Es muy graciosa la estampa que nos regaló el dominico Juan Bautista Labat, un misionero proveniente de Francia. En una visita que realizó a Cádiz en 1705 expresaba cómo, y cito textualmente, «la devoción del rosario está bien establecida en toda España, y sobre todo en Cádiz, lo rezan tres veces al día en nuestra iglesia en lengua vulgar, por la mañana muy temprano, una hora antes de mediodía y al anochecer. He visto allí siempre una gran afluencia de gente y sobre todo de mujeres que acuden allí muy asiduamente para satisfacer su devoción y también para charlar las unas con las otras, aguardando a que comience y después de ver acabado». Esta imagen resulta tan actual y se repite en cada sabatina, así como en estos días al ocaso de la novena, ¿verdad?. Cientos de mujeres que, tras hablar con la Madre del cielo, echan un ratito más para hablar con las madres de la tierra. Mientras que una pregunta: «¿Qué pasa, Charo?»; la otra responde: «Pues, mira, no estamos mal».

Y, es que, parece que nunca están mal nuestras madres. Pero sí que lo están. Su espíritu está reflejado en los versos que consignó don José María Pemán en el himno de la coronación canónica de nuestra Patrona y con los que explicó de una forma sencilla la relación que la Virgen ha mantenido con los gaditanos: «Con ella gozaste, sufriste con ella / como los dos versos de un mismo cantar». Cada una de las desgracias de Cádiz la Santísima Virgen las ha ido guardando en su corazón, manteniéndose siempre en pie. Ella fue la primera víctima de las guerras entre hermanos, gaditanos contra gaditanos. La imagen fue pasto de las llamas en el incendio de 1931 y de él únicamente pudieron salvarse sus benditas manos y la imagen del más cuco de los gaditanos, el Niño Jesús.

La Virgen también fue víctima de la famosa explosión del polvorín, en una trágica noche de agosto de 1947. Mi abuela todavía lo recuerda, aun contando en aquel entonces con tan solo nueve años. Desde su casa de la calle Plocia tiene grabado en la retina cómo reventaron todos los cristales de las ventanas y cómo el cielo se tiñó de rojo. A su vecina, la Patrona, le cayó el camarín en todo lo alto. Por un verdadero milagro no se precipitó

desde el altar mayor hasta el presbiterio la imagen que nos preside y que había sido coronada canónicamente tres meses antes. El siete de octubre de ese año, con dolor de Madre, en lugar de lucir tan radiante como hoy, portó el terno morado de rogativas, el mismo que ha llevado en cualquier calamidad. Para Ella, era el mínimo luto que podía guardar una madre, ante la desolación que le producía haber visto cómo morían más de ciento cincuenta hijos suyos, muchos de ellos niños huérfanos acogidos en el hogar de la Casa Cuna.

Pero no todo son desgracias. La Patrona siempre ha querido lo mejor para sus habitantes y los ha acogido bajo su manto ante cualquier necesidad. En el año 2009, una treintena de gaditanos en paro se encerraron en esta iglesia en la lucha por un trabajo digno. El claustro se convirtió en su casa durante dos meses. La Virgen veía atónita cómo estos fontaneros, escayolistas, oficiales de albañilería y electricistas, pasaban las noches a la intemperie sobre el frío mármol conventual, abandonando sus hogares y renunciando a su libertad por unas mejores condiciones para ellos y sus familias. Durante los días de encierro, los trabajadores, en agradecimiento a la Virgen y a la comunidad de Padres Dominicos que les habían acogido amablemente, acudían a la misa diaria de las ocho de la tarde. Quién sabe si alguno de estos trabajadores en huelga hacía años que no escuchaba misa o, simplemente, si alguna vez se había acercado a una iglesia. ¡Qué más da! Porque cuando todas las puertas se nos cierran solo nos queda llamar a las del Cielo. Y para estas familias felizmente sí que se abrieron, ya que consiguieron de las instituciones, como medida inicial, un plan de empleo en forma de escuela taller.

Como podéis ver, tantas y tantas historias que la Virgen lleva bajo su manto. Y no es ninguna broma, que las lleva, de verdad. Las lleva en muchos taquitos formados a su vez por notitas de papel. Unos pedacitos que son cachitos de corazón de gaditanos y no gaditanos, cristianos y no cristianos. En fin, gentes de cualquier parte del mundo que, en un arca que se encuentra durante todo el año junto a la puerta del claustro, detienen su visita en la iglesia para escribir en un papel un «gracias», pedir perdón, compartir una preocupación o implorar la recuperación de un ser querido.

Muchas veces, cuando la cantidad de peticiones era tal que ha llenado el arca por completo, el Padre Pascual me ha invitado a vaciarlas en la intimidad de la sacristía junto a él. Hay algunas notas cuya letra no es del todo legible, otras ni siquiera están escritas en español y el fraile me ha pedido su traducción. Yo evito leerlas, ya que al final esa nota es fruto de una conversación íntima y anónima con la Patrona. Me limito a desdoblarlas, amontonarlas y anudarlas para que finalmente pasen a ser custodiadas por Ella. No obstante, en ocasiones, ha sido inevitable reparar en ellas y advertir lo desgarrador de algunas situaciones que se cuentan. Y todo lo que queda reducido en ese cachito de papel, podrás pensar, ¿quién lo escuchará o para qué servirá? No te preocunes, la Virgen lo lleva guardado en su manto. Déjalo ahí y que sea lo que sea.

Cachitos que guarda un cofre,
un cofre de fe y de consuelo,

no tiene platas ni oros,
guarda secretos del pueblo.

Son notas de los humildes,
suspiros escritos de anhelo,
trocitos de papel frágil,
trocitos de corazón tierno.

Quien no confiesa su llanto,
quien no revela su miedo,
lo encierra en papel pequeño,
y en él deposita el ruego.

Montones forman los hijos,
montones que suben rectos,
como montañas calladas
que buscan alivio eterno.

Bajo tu manto, Señora,
las notas están durmiendo,
allí reposan las penas,
allí no importan los tiempos.

Si tienes el corazón roto
y cansado de tantos desvelos,
con pequeños cachitos de ti
Ella será tu consuelo.

5. MUY HEROICA

Del latín, *heroicus*.

Propio del héroe (persona que realiza una acción abnegada, o persona ilustre por sus hazañas).

No hay persona que reúna más motivos para convertirse en héroe que una madre. La mía de la tierra es una heroína por muchas cosas. Primero, soporta desde el amor de madre y el silencio la dura enfermedad de mi hermano y, segundo, porque al otro hermano, que soy yo, lo ha tenido que aguantar desde pequeño y sigue haciéndolo a día de hoy. Recuerdo cómo siendo un chiquillo le insistía en que me comprase una Virgencita para así tenerla en mi habitación. La primera de ellas fue una imagen de la Virgen del Rocío que compró en un bazar chino y con ella yo organizaba novenas, besamanos e, incluso, llegó a presidir el altar de una misa improvisada con motivo de la muerte del papa san Juan Pablo II. La solemne ceremonia tuvo lugar en mi habitación con el mayor boato posible y actuamos como celebrantes mi hermano y un servidor revestidos de cardenales. ¿Comprendéis ahora lo que tuvo que aguantar mi madre y los momentos que la convirtieron en heroína?

Con el paso del tiempo, fui consciente de que la maltratada imagen de escayola del bazar chino no tenía tanto mérito artístico y emprendí la tarea de buscar una talla de primer orden. Como la mayor parte del año residí en Sevilla, decidí probar suerte allí. Si hay algo por lo que especialmente me gusta esa ciudad no es precisamente por su Semana Santa o su feria, sino por lo que se conoce popularmente como el Jueves. Se trata de un mercadillo semanal que tiene lugar a lo largo de la calle Feria y, por celebrarse tradicionalmente los jueves, de ahí que se conozca como el Jueves. En él podéis encontrar artículos de todo tipo: desde antigüedades, muebles y telas hasta cromos u objetos de menor valor que algunos deciden vender para ganarse algún dinero.

A principios del mes pasado, y aprovechando que vivo cerca de la calle Feria, me levanté temprano para buscar una bella talla de la Virgen. Mientras tomaba el café, me preguntaba: «¿Daré con una obra de algún insigne escultor como Gabriel de Astorga o Cristóbal Ramos? O, tal vez, encuentre una imagen del círculo de la Roldana y el vendedor no sea consciente de lo que tiene». De las ilusiones se vive. Tras el último sorbo de café, comencé la travesía por el mercadillo del Jueves. Atrás dejé los primeros puestos dedicados a coleccionistas de sellos, libros y postales antiguas, para sumergirme en los especializados en muebles e imaginería. Había bastantes dolorosas y vírgenes de gloria, pero, a medida que iba preguntando por los precios, menos esperanza tenía en dar con mi ansiada Virgen para mi oratorio particular.

Casi al final del mercadillo, al llegar al cruce con la calle Correduría, advertí que en uno de los puestos, al fondo de una caja de madera, había una imagen, entre otras muchas baratijas. No supe claramente si se trataba de una Virgen o de algún santo. Tras

retirar algunos objetos que la aplastaban, pude confirmar que se trataba de la Virgen. La obra estaba muy sucia y maltratada: tenía una mano mutilada y le faltaba parte de la cabeza. Era una Virgen rota, pero, en el fondo, no dejaba de admirar la belleza de la imagen. Por ello, me interesé por la pieza y quizás, teniendo en cuenta que estaba totalmente maltrecha, el anticuario accedía a vendérmela por un precio mucho menor.

Pese a que no tengo muchas dotes para el regateo, comencé a negociar con el anticuario una cifra asequible al bolsillo de un humilde y joven investigador universitario. No manifestaba mucha admiración por la pieza y llegué a menospreciarla con tal de conseguirla por unos euros menos: «¿Quién la iba a querer así de rota?». También le dejé caer que la posterior restauración a la que la iría a someter sería costosa y, por el estado de la imagen, el precio de venta no debía ser elevado. Finalmente, traté de convencer al anticuario y a regañadientes envolvió a la Virgen en varios trozos de periódico viejo que se encontraban amontonados. No cuidó en entregármela en el habitual papel de pompitas en el que suelen transportarse las piezas delicadas. Así me llevé a la que anhelaba que fuera la obra de arte de un insigne imaginero: una Virgen rota, producto del regateo entre dos hombres y envuelta de la peor manera posible.

De camino a casa, me sentía feliz, ya que llevaba en mis brazos a la Virgen. Su estado de conservación no era el mejor, pero era mi Virgen. Abriéndome paso por la calle Feria, muchos asistentes al Jueves se acercaban curiosos a examinar lo que llevaba. No obstante, no disimulaban su espanto al comprobar el estado deplorable de la imagen. «¿Cómo la has comprado así? ¡Qué manera de perder el tiempo con la de obras de arte que hay por aquí!», decían algunos. Pero yo era feliz con mi Virgen rota. Por cierto, ¿la queréis ver? Hoy la he traído al pregón para que la podáis conocer. Disculpad que no os la haya presentado antes. Mirad qué belleza y las rosas que lleva en su regazo. ¿Os gusta? Le falta una mano, tiene algunos desperfectos y está muy sucia, pero uno no puede evitar sentirse cautivado ante tanta ternura.

Pues bien, el día que la compré, tras abandonar el mercadillo y una vez en casa, improvisé un pequeño altar en la mesa de la cocina, entre el servilletero y un cuenco de frutas. Ante tanta humillación, decidí restaurar todos los ultrajes con un beso. Pero, ¿dónde la podía besar? Una mano la había perdido y por todas partes tenía manchas y suciedad. Decidí no besarla y fui consciente de lo necesario de su restauración. No podría aguantar ver todos los días a mi Virgen así de rota y sucia, y cuando vinieran mi familia o amigos, ¿qué pensaría de ella?

Le dije: «No puedo verte así de maltratada. Aunque el restaurador me cobre lo que sea, te restauraré. Me duele verte así. Mañana mismo te llevaré al taller». De repente, la imagen me respondió con un «¡Cállate! No me restaures, te lo prohíbo». No comprendía nada, solo quería la conservación de mi Virgen y que su imagen fuese la mejor posible. No entendía por qué no quería ser restaurada. Para mí supondría un continuo dolor cada vez que la contemplase así de rota y sucia. Pero Ella me hizo comprender todo con las siguientes palabras:

«Eso es lo que quiero, que al verme rota te acuerdes siempre de tantos hermanos tuyos que conviven contigo: rotos, aplastados, indigentes, mutilados. Sin brazos, porque no tienen posibilidades de trabajo. Sin pies, porque les han cerrado los caminos. Sin cara, porque les han quitado la honra. Todos los olvidan y les vuelven la espalda. Sin ir más lejos, me acuerdo de mis hijos de Cádiz, que a la vez son tus hermanos. El dolor de los jóvenes y no tan jóvenes que se ven abocados a mudarse a otros municipios, ante la imposibilidad de afrontar un alquiler, mientras arrasa el turismo. El sentimiento desgarrador de ver cómo esa ciudad en la que tanto me veneran pierda población con el paso de los años y, además, envejezca.

Cuántas gaditanas y gaditanas mayores me confiesan lo solos e incomprendidos que se sienten en sus hogares y otros, desde las residencias de ancianos, me transmiten que echan de menos el abrazo de un ser querido. El horror de la droga, en enclaves como el de mi barrio de Santa María, donde vosotros tanto como yo sois conscientes de que no hace más que arruinar cientos de vidas que trafican y consumen sustancias estupefacientes. Y mis hijos más queridos, los pobres, que todos los días se agolpan en comedores como el de Virgen de Valvanuz o el de María Arteaga para tener algo con lo que mantenerse; o mi hijo Silvio, que noche tras noche aguarda resguardado en un cajero de la calle San Francisco, durmiendo sobre un colchón de cartones, a la espera de un mañana mejor.

¡No me restaures, a ver si viéndome así, rota y mutilada, te acuerdas de todos ellos y te sirvo de imagen para el dolor de los demás! Muchos cristianos se vuelven en devoción, besos, velas y flores sobre una imagen bella de la Virgen, y se olvidan de sus hermanos, los hombres, rotos y sufrientes. Hay muchos cristianos que tranquilizan su conciencia besando la mano de una Virgen bella, obra de arte, mientras ofenden al Hijo, un pequeño Cristo de carne, que se refleja en cada uno de sus hermanos.

¡Esos besos me repugnan, me dan asco! Los tolero, pero me hieren el corazón. Hay tanta necesidad en esta ciudad y ellos, mientras tanto, no hacen más que idolatrar mis imágenes, que al final tan solo son una representación de mi persona. Una imagen bella puede ser un peligroso refugio donde esconderse en la huida del dolor ajeno. Eso es un falso cristianismo. Por eso, deberíais tener más Vírgenes rotas, una a la entrada de cada iglesia y en vuestras casas, que gritaran siempre, con sus miembros partidos y su cara sin forma, el dolor y la tragedia. Por eso te lo suplico, no me restaures. Déjame rota junto a ti, aunque amargue un poco tu vida».

Un beso en su única mano selló mi promesa y le respondí: «No te restauraré. Desde hoy viviré contigo, mi Virgen rota. Y lo que has dicho, que así sea».

6. EPÍLOGO

A lo largo de este pregón mi intención ha sido demostrar que los títulos que ostenta la ciudad de Cádiz constituyen los atributos que mejor describen la relación que la Virgen del Rosario ha tenido con sus hijos los gaditanos. Llegué aquí de la mano de María de Córdoba, en un barquito, buscando un remedio a su enfermedad y en esta isla lo encontró. Descubrimos que María Santísima es Muy Noble y vimos los primeros testimonios marianos en la villa medieval y su entorno, para constatar que Ella, desde los primeros tiempos, protegió a esta tierra y sus vecinos se sometieron a su patrocinio. Precisamente, relacionado con esto último hemos podido apreciar que también ha sido Muy Leal, ya que nunca ha dejado de lado a sus hijos en los momentos de mayor necesidad. Y, por último, Ella es la Muy Heroica. Aunque maltratada y superada por los avatares de la vida, siempre se ha mantenido en pie.

Aquí tuve la oportunidad de presentarlos a mi Virgen rota y, al final, he caído en la cuenta de que no es que Ella sea un reflejo de las miserias, pobrezas y dolores de Cádiz. ¡Ella misma es Cádiz! Y, entonces me pregunto, ¿por qué no le ponemos todos juntos en la única mano que le queda a mi Virgen rota este rosario? Es decir, ¿por qué no le damos un rosario a Cádiz? Estoy seguro de que, así, muchos de los males que crucifican a la ciudad y a nuestro mundo podrán ser resueltos.

Toma, Cádiz, este rosario
y verás que todo se pasa.
Aunque tú también estés rota,
ya verás que te salvas.

No es rico el que te traigo,
pero remediará tu alma.
Te brindará paz y sosiego.
Anda, no le des la espalda.

Toma, Cádiz, este rosario,
porque en ti fue fundada
la casa de santo Domingo,

hijo de Juana de Aza.

Gadir, Gades y Cádiz,
antigua, fenicia y romana,
cuna de honores y títulos
desde la edad más temprana.

Noble te hicieron los reyes
que conquistaron Granada,
Leal te nombró don Carlos
por ser fiel y castellana,

y, por si fuera poca
la honra de estos monarcas,
Heroica te llamó Fernando,
cuando las guerras con Francia.

Mas todas esas virtudes
que te describen y ensalzan,
hoy vengo a atribuir
a una humilde gaditana.

Ella nunca portó escudo,
ni tampoco cota de malla,
pero siempre fue guerrera
con la cruz como su espada.

A nosotros nos dio una

de cuentas engarzadas.

No cuentas, que son rosas
tornadas en guirnaldas.

Toma, Cádiz, este rosario,
que el tiempo se me acaba.

Cógelo con tu mano
y escucha mi demanda.

Que mañana, siete de octubre,
cuando repiquen campanas
ven pronto con tu rosario,
ven pronto aquí, a tu casa.

Mira cómo la ciudad se rinde
ante la Alcaldesa más alta
y le ofrece un nardito,
que es bastón de almiranta.

Y en los nombres de Cádiz
verás pronto una falta:
es Noble, Leal y Heroica,
pero algo más extraña.

Entonces entenderás
que, por mares de agua salada,
Rosario trae otro título
bordado en letras doradas.

Cádiz ya no está rota
porque al fin sé lo que falta:
es Noble, Leal, Heroica
y, por siempre, Mariana.